

EL MAR SE ACERCA



BYPILS

Este poema nace del libro de relatos «Cuentos de andar por casa», donde una familia y un mar comparten el mismo territorio a lo largo del tiempo.

El tiempo que pasa. El mar que se acerca.
Como la playa, el poema también se estrecha.

Bypils
Verano del 26

EL MAR SE ACERCA

Una familia. Un mar. Seis épocas.

60

1960

El mar se acerca
Pinar · Dunas · Coquinas
La madre cuenta cinco cabezas

Huele a pino fresco,
a brasas, a familia.

80

Carcajadas,
pelo al viento.

1980

El mar se acerca
Donde el pinar, una carretera
Los cinco ya son ocho

00

2000

El mar se acerca
Chiringuitos · Apartamentos
La abuela cuenta dos cabezas
Las coquinas ya no están

Huele a crema,
a aceite, a gasolina.

20

Las músicas
enmudecen el mar.

2020

El mar insiste
La abuela ya no está
La arena se encoge
Mil formas de plástico

40

2040

El mar entra
Carretera cortada
Ya no hay línea de primera línea

Solo queda el olor.
A salitre. A lo que fue.

60

Huelen a montaña
y el pelo, a felicidad.

2060

El mar ya está · La montaña acoge

Lo único que no cambia: los niños.



1960

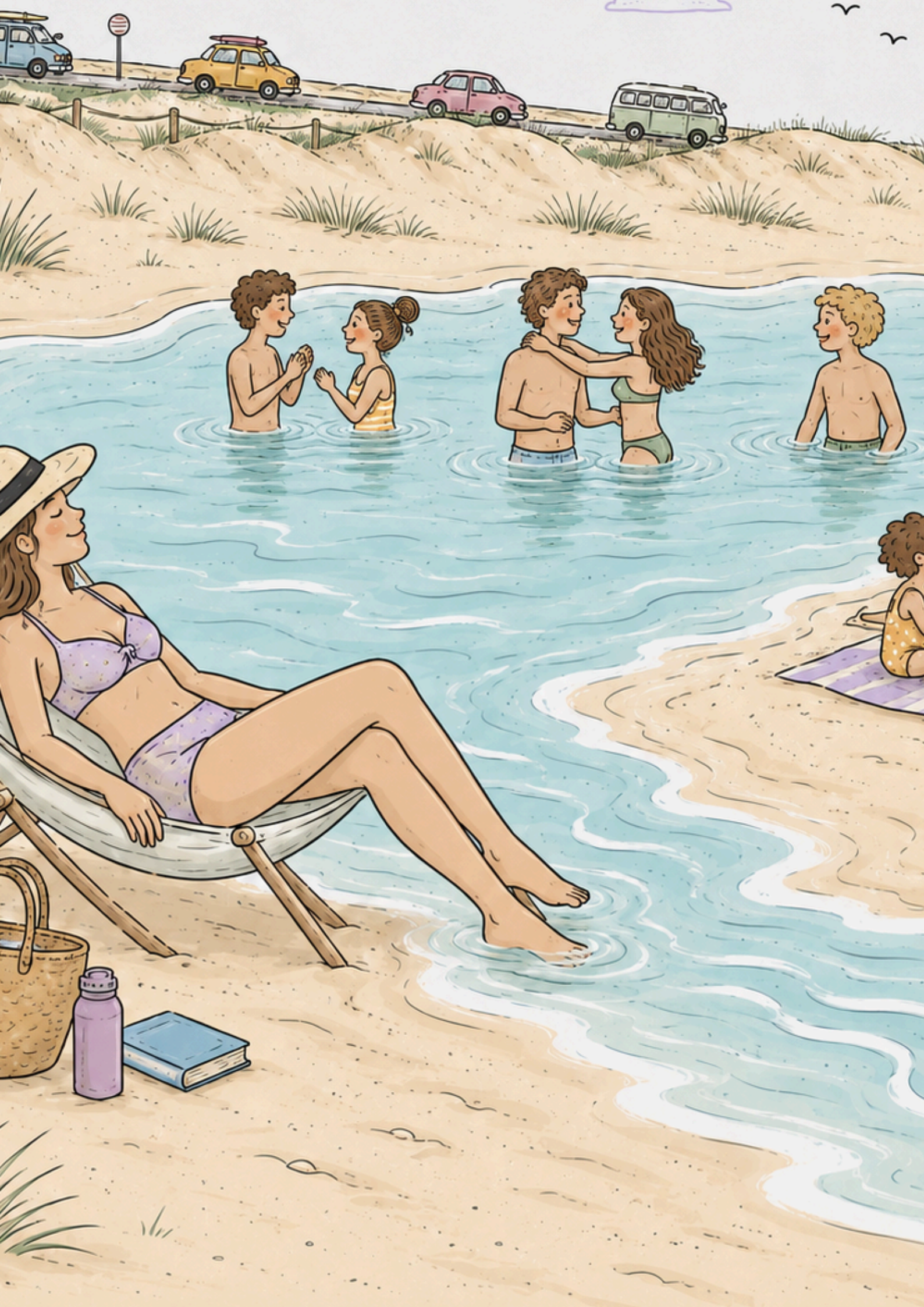
El mar se acerca.
Amanece en la playa silenciosa
La silueta de la caña clavada en la arena.
El pescador en una silla plegable.
Un termo con café y paz.
De repente, un tirón, una alegría.
Una apuesta interior: un jurel o una palometa.
Es hora de recoger.
El sol se impone y con él, las familias.
A lo lejos, se divisan las barcas, cargadas de mejillones.

El mar se acerca.
Acaricia los pies de la madre vigilante.
El alma puesta en las olas. Los niños juegan en la colchoneta.
Hay alborozo cuando la cresta los lleva a la cima blanca.
Hay risas cuando el mar los revuelca.
La madre cuenta las cabezas que emergen.
Son cinco. Están todos.

El mar se acerca.
Un paso y el agua cubre sus tobillos.
Unas dunas a su espalda, detrás un pinar.
Huele a playa, a pino fresco, a brasas, a familia.
Cuatro pasos y el agua cubre a su cintura.
Dos pasos más y alcanza la colchoneta.
Los cinco no dan tregua. Quieren mar.
La promesa del helado los dispara hacia las dunas.

El mar se acerca.
Ella se aleja con los cinco y una colchoneta exhausta.
En el pinar los esperan las voces familiares, las toallas secas,
la comida a punto.
Huelen a salitre y el pelo, a humo.
Los cinco comen con voracidad.
Creen que volverán al mar.
La madre sabe que claudicará.
Helados y una hora entre pinos, dunas y ese mar que ansían.

El mar se acerca.
Acaricia los pies de la madre vigilante.
Los cinco han cumplido su pena.
Juegan con la complicidad del agua.
Recogen las coquinas que el mar descubre cuando se retira.
El día se agota.
En el pinar se borran las huellas de su paso.
Vuelven las familias a sus hogares secos.
Las coquinas salteadas con ajo y perejil.
Saben mejor porque son su tesoro.
Rostros con colores cálidos.
Huelen a salitre y el pelo, a felicidad.



1980

El mar se acerca.
Amanece en la playa.
Botellas decoran la arena.
Es la firma de la juventud y sus noches.
La silueta de la caña clavada en la arena.
El pescador en una silla plegable.
Un termo con café y paz.
Espera un tirón.
Espera.
Es hora de recoger.
No ha habido suerte.
El sol se impone y con él, las familias.
En la arena, el rastro de las barcas arrastradas por el temporal.

El mar se acerca.
Acaricia los pies de la madre mientras pasea por la orilla.
No hay cinco cabezas que contar.
Hay cinco cuerpos jóvenes que romancean en el agua.
La madre se estira en su hamaca y deja que el sol la mime.
Unas dunas a su espalda.
Donde estaba el pinar, una carretera.
El rumor de los coches al ritmo del mar.
Familias, parejas, niños.
Comen bajo la sombrilla con los pies en la arena.

El mar se acerca.
La madre recoge. La mirada perdida en la playa.
Los cinco que ya son ocho no están.
Las motocicletas, rumbo al paseo.
Carcajadas, juventud, pelo al viento.
Los ve partir, entre trazos de nostalgia y alegría.
Los niños que recogían coquinas ya no están.
Ahora, son proyectos y aventuras.
Pasos agigantados hacia la madurez.
Huelen a salitre y el pelo, a felicidad.
Aunque ya no estén en su regazo.



2000

El mar se acerca.
Amanece en la playa.
El pescador saluda a los que allí han despertado.
El servicio de limpieza, limpia.
La arena respira aliviada.
La silueta de la caña clavada en la arena.
El pescador en una silla plegable.
Un termo con café.
Los sonidos de las casas, de los apartamentos.
De los bares, preparándose para la invasión.
Espera un tirón.
Un pequeño mero cae en la trampa.
El sol se impone y llegan todos.
La playa se llena.
No hay sitio para su silla.

El mar se acerca.
Acaricia los pies de la abuela vigilante.
El alma puesta en las olas. Los niños juegan en la colchoneta.
Hay alborozo cuando la cresta los lleva a la cima blanca.
Hay risas cuando el mar los revuelca.
La abuela cuenta las cabezas que emergen.
Son dos. Están bien.
Respira aliviada: son muy suyos, pero no lo son.

El mar se acerca.
Un paso y el agua cubre sus tobillos inflamados.
Música a su espalda, detrás un paseo.
Apartamentos, restaurantes, chiringuitos.
Huele a playa, a crema, a aceite, a ajo y a gasolina.
Los intenta atraer. A los dos.
La promesa de la comida los convence.
Las coquinas ya no son un tesoro.
La arena ya no las desentierra.
No se muestran a los niños cazadores de tesoros.
Las han cambiado por lo prohibido,
hamburguesa y patatas fritas.

El mar se acerca.
La abuela espera mientras ellos juegan.
En el paseo.
En el asfalto.
Las bicicletas van y vienen. El monopatín los desafía.
Entrega a los dos, como si fueran un regalo exquisito.
Envueltos en el aroma de la ducha.
Rebosantes de pan y chocolate.
Los ve partir, entre trazos de nostalgia y alegría.
Son los hijos de aquellos niños que recogían coquinas.
Estos niños, no conocen el pinar ni las dunas.
Pero siguen oliendo a salitre y el pelo, a felicidad.



2020

El mar insiste.
El pescador ya no está.
No hay mucho que pescar.
La marea arrastra basura.
Mil formas de plástico decoran la playa.
El amanecer combina su melodía con el de las máquinas de
limpieza.
La abuela ya no está.
Las coquinas han desaparecido de la orilla.
La arena va encogiéndose, diciendo adiós.
Las músicas enmudecen el rumor de las olas.
El paseo, rebosa.
Una serpiente sinuosa de gente espera para entrar en un
restaurante, o en dos o en muchos.
Se amontonan en la playa parcelada.
Recuerdan a la abuela, la colchoneta y ese pinar que nunca
vieron.
El sol arde. Las sombrillas se derriten.
La abuela ya no está.



CHIRINGUITO

CARRETERA
CORTADA

RIESGO DE
INUNDACIÓN

2040

El mar entra.

El mar ya es.

La playa no está.

La playa ya no es.

La carretera, cortada.

El paseo, junto al agua.

Las casas bajas miran el mar desde demasiado cerca.

Los apartamentos de primera línea ya no tienen línea.

Recuerdan las meriendas de la abuela.

Recuerdan las mañanas de playa con sus amigos.

Recuerdan que antes, allí, había un paseo lleno de vida.

Y antes de eso, un pinar.



2060

El mar ya está.

No se acerca.

Todo es agua.

La ven desde la montaña.

El agua del río acaricia los pies de la madre vigilante.

El alma puesta en las piedras. Los niños saltan.

Hay alborozo cuando emergen.

La madre piensa que nunca sabrán lo que pesa una colchoneta
mojada.

Ni sentirán el tirón de una ola

Ni sabrán del aroma del salitre.

Desaparecen y aparecen entre los árboles.

Cuenta tres cabezas. Están todos.

Los reclama. Las brasas están preparadas.

Después, irán a buscar espárragos silvestres, si queda alguno.

La montaña los acoge en lo más alto.

Son muchos y es difícil encontrar un lugar a la vera del río.

A lo lejos, el mar brilla donde antes estaba la playa.

La carretera.

El pinar.

Solo hay algo que no cambia.

Los niños.

Huelen a montaña y el pelo, a felicidad.



CHIRINGUITO